

©**Jorge F. Hernández**

Junio 2013

Ésta es una publicación de Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Formación y diseño de portada: Daniela Campero.

Ilustración de portada: Huidobro

Piedras rodantes

Jorge F. Hernández

Tienes un departamento amueblado con austeridad y un cuerpo soñado. Tienes una voz que destila sensualidad y el sillón más cómodo del mundo en el rincón de tu sala. Cerca de la ventana estará siempre esa jarra —que alguna vez sirvió vino— habitada casi todos los días por esas flores moradas que no sé cómo se llaman.

Tienes las piernas con las que sueño al caminar todos los días a la oficina y he intentado recrear tu cintura con el juego que acostumbro jugar con mis almohadas. Tienes un rostro perfecto que podría tomar vida propia en la fotografía que tienes enmarcada en el pasillo, justo al lado de la puerta del baño.

Tienes todo lo que siempre había deseado encontrar en una mujer. Tenemos toda la vida por delante. Tienes entonces, una cita, aunque yo solamente tenga la posibilidad de inventarte.

Azul profundo

Al llegar a la profundidad pactada, el guía caribeño sugirió al grupo de buzos que se quitaran los visores y que se desprendieran de los tanques de oxígeno. Como un enjambre de abejas sin panal, como peces sin rumbo, el grupo de turismo submarino se halló de pronto flotando entre las nubes, con el estorbo de sus aletas, sin el consuelo de un paracaídas y envueltos en el vértigo de una caída irrefrenable.

**De la secreta fórmula
con la que se esfuman los enanos de este mundo**

Para Eliseo Alberto

Decía Augusto Monterroso que los enanos poseen un sexto sentido que les permite reconocerse entre ellos a primera vista. A menudo pondero esa máxima pues vivo convencido ante la posibilidad de que el día menos pensado tal vez se me conceda —para bien o para mal— amanecer enano. Aunque he consultado con expertos en la materia y conozco algunos libros especializados en el tema, no he dudado nunca que me podría tocar vivir un salto genético, un abrupto giro biológico, cuyo resultado sería amanecer de pronto con mis pies reacomodados a la altura de mis rodillas. Aclaro de una vez por todas que no tengo nada en contra de los enanos y que si pienso en la probabilidad de unirme a sus filas es precisamente por un sentimiento de solidaridad ante la extrañeza que le infunden al mundo, ese desconcierto milenario manifestado en los circos y otros espectáculos de bufonería a

contrapelo de la innegable segregación que asegura que jamás llegará a ser Papa un clérigo menor al metro y medio de estatura. Incluso en los Estados Unidos, donde lo *politically correct* nos ha definido como “*vertically challenged people*” en vez del tradicional “*midget*” o el cinematográfico “*munchkin*” o “*dwarf*”, está claro que la *moral majority* jamás aceptaría a uno de nosotros como *Commander in Chief*.

El origen de mi obsesión, que en realidad nunca se me ha manifestado como recurrente pesadilla, se remonta al más entrañable de los deseos expresados por mi abuelo paterno. Él siempre quiso tener un nieto enano. Decía que le gustaría que se llamara *Goyo*, quizá con el Gregorio como nombre oficial, y que le sería de inmenso solaz y satisfacción mirarlo andar suelto y feliz en medio de este mundo sobrepoblado por gigantes o por engreídos que se creen más altos de lo que son. A mis hermanas y primas les jugábamos la broma de vaticinarles, en cuanto anunciaban sus embarazos, que deseábamos que se cumpliera el anhelo del abuelo, postergado irremediablemente hasta el ahora en que vivo convencido de que me podría tocar vivir el milagroso transformismo que me convierta en enano.

Otro posible origen de mi obsesión se debe quizá al célebre caso del *Niño Mozart de León*, un fenómeno musical administrado por dos tías abuelas en Guanaajuato que asombró a cientos de lugareños con sus proezas al piano. Un buen día mis tías solteronas anunciaron en plena junta semanal de las Hijas de la Vela Perpetua que habían hospedado en su casa a un “desconocido so-

brinito de Orizaba que resultó ser un prodigioso pianista”. Tendido ese anzuelo, mis tías empezaron a organizar recitales —donde evidentemente cobraban la entrada “para fines benéficos”—poblando el primer patio de su casa solariega de León primero con siete y luego hasta con dieciocho bancas en fila para los interesados y curiosos leoneses que pronto contribuyeron a diseminar la fama del sobrineto, ya conocido como *El Niño Mozart de León*. Nadie reparaba en la muy forzada disposición del escenario: las tías colocaban el piano en el tercer patio, a más de veinte metros de la primera banca, con lo cual tuvieron que pasar varios recitales sabatinos hasta que un astuto incrédulo descubriera que “el milagro del piano” se debía a un enano, que de niño no tenía nada, que llevaba treinta años de ardua experiencia sobre el teclado tocando en un burdel de la vecina población de Lagos de Moreno, Jalisco. Para asegurar el triunfo semanal de su impostura, las tías le depilaban las piernas y las patillas con cera de Campeche, lo vestían de marinerito y lo obligaban a excluir de su repertorio cualquier melodía del género vernáculo. En la familia nunca se supo cómo contrataron las tías a un pianista de burdel ni quién fue el atrevido espectador que lo reconoció casi a primera vista, sin importarle que al descubrir públicamente su identidad también se delataba como visitante de una casita de muñecas en Lagos de Moreno, Jalisco. Tampoco se hablaba del destino de las tías, que en cuanto se descubrió el engaño desaparecieron de León con todo y enano.

Lo cierto es que llevo varios años obsesionado en que mi secreto destino me convertirá en el mismo ser que soy, pero con un metro menos de estatura. Imagino, sin ningún fundamento racional, que así podré convertirme en el alma de las fiestas, que se ampliará el espectro maravilloso que me ha ofrecido el mundo hasta ahora y que, por un desconocido designio celestial, tendré a mis pies a muchas de las mujeres que no han sabido apreciar mis dones con la altura normal que he portado hasta ahora. No lo niego: pienso también que recuperaré la estatura y dimensiones que tuve de niño, como si así volviese al tamaño ya casi olvidado de mis ilusiones ilimitadas. Por lo mismo, considero que de volverme enano aspiro a una forma, no la única, pero sí la más probable anatómicamente para lograr la inmortalidad.

Se me ha vuelto costumbre preguntar a hermanos, primos, parientes y amigos: ¿Me seguirías queriendo y tratando igual como hasta ahora si de pronto amanezco enano el día menos pensado? A lo largo de los años recientes he recibido respuestas encontradas: tres hermanos y dos hermanas han declarado con toda honestidad que les sería tremendamente difícil mantener una relación fraterna conmigo si llegase a suceder el milagro (sinceridad que ha provocado que mi relación con ellos se enfriara notablemente); otros dos hermanos y una hermana han afirmado enfáticamente que mi repentino encogimiento no reduciría en lo más mínimo el afecto que me han profesado hasta la fecha (por lo que, sobra decirlo, me he unido más a ellos, sobre todo en fechas navideñas) y catorce de mis cincuenta y dos primos han

Jorge F. Hernández manifestado la misma solidaridad. Llama mi atención el promedio de respuestas negativas que he recibido a mi pregunta por parte de amigos que creía incondicionales y de no pocos compañeros de trabajo que pensé me serían leales y solidarios hasta en el aún no cumplido anhelo de reducirme en tamaño. Parece mentira que mi viejo compañero en la Secretaría de Devoluciones Fiscales, Óscar G. de M., me haya espetado que de convertirme en enano sería capaz no sólo de negarme el saludo sino de denunciarme ante la Liga de la Decencia Burocrática como “facineroso y pervertido”; más aún, el Jefe de aquella oficina de Devoluciones Fiscales (de dónde sospecho fui despedido por la desconfianza que sembró mi sutil obsesión), Don Pascual de la C. y B., llegó a decirme casi a gritos, “¡Si te volvieras enano, te agarraría de los tobillos y del cuello de la camisa para improvisar un torneo de boliche aquí mismo en el pasillo de la Secretaría!”.

A pesar del desánimo que me espera en el mundo laboral cuando mi cuerpo se encoja, he logrado mantener sin mayores problemas y durante los dos últimos años un empleo digno como representante nacional de una afamada distribuidora de ron cubano. Mis múltiples viajes por la República me han concedido largas horas de reflexión, ya sea al volante de mi Volkswagen (al que le podría mandar adaptar sus pedales a la estatura corta que me espera en el futuro) o bien en autobuses de línea (donde he calculado que como enano encontraré mucho mayor confort en sus asientos reclinables). Durante esos largos trayectos he pensado mucho en la posibilidad de

escribir lo que será un testimonio deslumbrante para los anales de la humanidad: seré el autor de la única crónica de un milagro genético inconcebible hasta ahora. En esta época en que se han acelerado los acontecimientos en materia de trasplantes, clonaciones y prótesis electrónicas, ¡¡¡Yo seré el único ser humano que pueda narrarle al mundo las maravillas, hasta ahora inéditas, de volverme enano habiendo medido casi dos metros de estatura en mi vida anterior!!! Mi libro abundará en elogios en torno a lo minúsculo y las miniaturas, pondrá en perspectiva toda monumentalidad, aliviará las pretensiones de los adictos a toda forma de lo grandioso, desengañará a los ilusos obsesionados con todo lo grande y orientará a las nuevas generaciones hacia la comprensión y construcción de un mundo en donde realmente importen las pequeñeces, los mínimos detalles, las minucias que nos distinguen del reino animal y demás observaciones microscópicas que nuestra engreída estatura pasa por alto (nunca mejor dicho).

De acuerdo: un psicólogo y dos psiquiatras me han advertido del notable peligro emocional que supone mi obsesión. Según ellos, la ciencia apunta al diagnóstico de que se ha trastocado mi autoestima, por un lado, y que se elevará a la enésima potencia la soberbia incontrolable de mi ego; de volverme enano dicen, me convertiré en un ser insoportable (“capaz de sentirse el rey del mundo”), y aseguran que el cambio brusco de alturas y dimensiones, me sumirán en una depresión al sentirme minúsculo ante los otrora semejantes y parejos. Digamos que acepto sus advertencias.

También he tomado nota y consideración de las observaciones que me ha confesado Diego el Alto, portero del equipo de fútbol en la liga Suburbana, donde jugué de medio de contención hasta la temporada pasada. Dejé de jugar precisamente porque al preguntarle a mi equipo sobre mi posible conversión en enano todos, menos Diego el Alto, contestaron entre carcajadas que “sólo podrías alinear en una liga infantil” y empezaron a llamarme “El Shori”, apodo deleznable. Probada su lealtad, Diego el Alto sin embargo ha externado en no pocas sobremesas y charlas en cafés de prestigio su preocupación en torno a las condiciones específicas de mi posible encogimiento anatómico: “Si te vuelves un bajito de proporciones a escala me será más fácil mantener nuestra amistad, pero confieso que me será tremendamente difícil continuar con nuestras charlas en lugares públicos si has de convertirte en liliputiense desproporcionado, de los que tienen una cabezota sobre un torso infantil o el arco de las corvas en exagerada similitud con una herradura de carne y hueso”. A no pocas mujeres les preocuparía lo mismo, según él, ya que si he de enanizarme sin merma de mi virilidad no hay ninguna duda de que lograré realmente ser feliz, pero si al despertar hecho un enano me reencuentro de pronto con mi anatomía infantil correré el peligro de ser acosado por pederastas y perversos. Me consuela la advertencia que me confiere mi hermano Nacho cada vez que tocamos el tema: según él, me espera la felicidad total por el sólo hecho de que no hay enana con las nalgas planas.

Dicho todo lo anterior, quiero compartir un hallazgo reciente que ha insuflado con renovadas esperanzas mi ilusión de reducirme en tamaño. En mi visita mensual al Tres Veces Heroico Puerto de Veracruz, en donde la compañía de ron cubano que represento tiene ya anclado un mercado considerable de clientes fijos, tuve oportunidad de inaugurar contrato con “Lichi’s Bar”, un santuario de música y jolgorio, cuya filiación al Mojito, Daiquiri y Cubalibre garantiza para mi empresa una prometedora relación comercial en números negros. Al negociar con el dueño, un cubano de los que cantan montuno al hablar, sentí una rara confianza instantánea que me incitó a preguntarle (no sin antes haber degustado en su grata compañía media botella del ron que represento a nivel nacional) la duda metódica ante mi posible enanismo, la ya clásica ¿Me seguirías queriendo y tratando igual como hasta ahora si de pronto amanezco enano el día menos pensado? que tanto bien ha arrojado sobre mis relaciones familiares y sociales.

Aunque soltó una carcajada inmediata, quizá extrañado por lo que parecía una broma, Lichi se dio cuenta muy pronto de que mi pregunta era en serio y sobándose el antebrazo izquierdo se me quedó mirando fijamente, al tiempo que se servía otro trago de ron con pocos hielos, como si se preparase a compartir un evangelio. “Mira enano...”, me dijo y su piel se volvió como una capa fina de arena ocre tostada por el sol, “¿has asistido tú al entierro de un enano? ¿Has escuchao a alguien que haya sistío alguna vé, en algún lugar, a ló funerale de un enano? Pues óyeme bien: yo me he pateado medio mundo haciéndole precisamente esas

Jorge F. Hernández
preguntas a los más raros interlocutores que te puedas
tu imaginá... Pero una noche, en el Puerto de Barcelona,
luego de una juerga larga con baile y carcajá abierta, le
pregunté a una amiga que era trapecista en un circo si
alguna vez había asistido a las exequias de un enano y
ella, quizá un poco aligerada por el alcohol, me confesó
de la secreta fórmula con la que se esfuman los enanos de
este mundo... Me lo dijo entonces: llegado el momento,
los enanos se van por una vereda o en medio de la calle
más agitada en cualquier ciudad del mundo y, de pronto,
se abre un telón... y por allí se escapan.”

Tú no sabes lo que pesa un muerto

para Juan Villoro

Dice que escribió la novela porque su abuelo le repetía de vez en cuando la misma frase. *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, parecía al principio —cuando era niño— una oración de palabras huecas que lanzaba su abuelo para asustarlo y no dejarlo dormir tranquilo, pero *Tú no sabes lo que pesa un muerto* se volvió en su adolescencia lo más parecido a un dolor. Ajeno, pero dolor al fin.

Dice que escribió la novela después de la muerte de su abuelo, o por lo menos, después de que lo dejó de ver para siempre y que empezó la redacción en una vieja máquina de escribir —prestada y con las teclas incompletas— en la pensión del pueblo que visitaba por primera vez en su vida y por razones ajenas, sin saber que en la cantina de este pueblo sería abordado por el único hijo que le sobrevive al hombre que mató su

abuelo hace casi cincuenta años. Dice también que el descendiente del muerto se le acercó sin rencores aparentes y que, incluso, le sonrió al pedirle permiso para sentarse en su mesa. Según declaran los testigos la conversación fue breve (“...*aunque parecía que flotaba un vaho de fríos añejos sobre la lámina de la mesita...*”) y que el descendiente del hombre que había matado su abuelo repitió con claridad y perfecta dicción, a pesar de los seis mezcales, *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, refiriéndose, según el escritor, al mismo cadáver que mentaba su abuelo, aunque en un sentido completamente diferente, pues todos los presentes acuñaban el sentido nuevo, que el novelista jamás podría haber anticipado: era el hijo del muerto el que por pura agua del azar repetía las mismas palabras que acostumbraba repetir el abuelo del detenido, como si el muerto le pesara igual a los deudos que a su asesino.

Dice el novelista —quizá para justificar su actual condición— que no fue sino hasta el día siguiente del encuentro con el descendiente —con la inevitable resaca o cruda que le había producido la ingesta excesiva de mezcal y al probar sin más razón que su propia deshidratación un nevado de mango— que cayó en la cuenta de recuerdos profundos. Dice que evocó en silencio más de una docena de veces en que ubicaba específicamente a su abuelo repitiendo la frase de *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, como para descargo de su conciencia. Dice el novelista que parecía que su abuelo quería, con los años —al ver que se acercaba su propia muerte, al tiempo que confirmaba la incipiente madurez de su nieto— confesar

Jorge F. Hernández
su crimen y heredar las circunstancias que quizá justificaban que había matado a un hombre en este pueblo perdido para su memoria.

Para efectos del resumen que me solicita dejo constancia de que:

—Hace cincuenta años, el abuelo del detenido —en ese entonces vecino de estos paisajes— mató a duelo, con testigos y según las leyes y costumbres que imperaban en este lugar, a un hombre, que según consta y se dice, mancilló su honor, robó algunas pertenencias de su propiedad y aceptó enfrentarlo a duelo legal.

—Con la conciencia cargada de culpas, el abuelo del detenido se fue de este pueblo para jamás volver y, por lo dicho, repitió a lo largo de su vida la frase *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, como preámbulo a su confesión o franca insinuación de sus culpas recurrentes, según el detenido.

—Consta que el asesinado dejó viuda y un hijo varón, que medio siglo después, según el escritor aquí detenido, sabedor de la identidad del asesino de su padre, aunque desconocía la frase o cantaleta del mismo, vio en la cantina de este pueblo al nieto —identificado como tal no sólo por el parecido físico y nombres propios que mantienen todos los varones de esa familia, sino además, porque en la cantina se ventiló abierta y rápidamente que se trataba del nieto de aquél, quien todos dicen haber olvidado sin, en realidad, olvidar jamás.

Lo que declara el detenido novelista, como resultado de las evocaciones que, al parecer, le suscitaron los sabores del nevado de mango, es que sintió un deseo irrefrenable por volver a ver al hijo del asesinado y prolongar el encuentro del día anterior con la posibilidad de implorarle un perdón que, en realidad, no le correspondía. Dice que lo buscó en el corral de la vieja herrería, y que de allí fue enviado al expendio de llantas y tablones al borde la carretera federal. Allí encontró dormido en una hamaca al hijo del asesinado, y asegura haber sentido que se acercaba no a un deudo sino a un hermano recién hallado o un tío lejano que, de pronto, entraba en las páginas de su propia biografía. Dice entonces que lo despertó con un ligero toque en el hombro derecho y que, en cuanto abrió los ojos, le dijo: “Mira, después de lo que pasó ayer sólo siento ganas de pedirte perdón y, si de algo puede servir, te juro que mi abuelo se pasó hasta el fin de sus días repitiéndome: *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, como si fuera una letanía... un sonsonete con el que aliviaba su conciencia... y así como te me acercaste sin rencores ni odios, sólo te quiero ofrecer mi sincera amistad y que cuentas conmigo para lo que sea...”.

Según declara el detenido —y lo repite en ráfagas aisladas de lucidez— el hijo del asesinado se levantó de la hamaca y sólo contestó con voz pastosa que no tenía la menor idea de qué le hablaba el fuereño, que no sabía a qué encuentro ni a qué abuelo ni a qué posibles rencores se refería el intruso. Fue entonces cuando se armó la trifulca —con los daños materiales consecuentes—

Jorge F. Hernández
que desembocaron en la actual condición del detenido (quien fue finalmente sometido gracias a la intervención de dos mujeres y tres adolescentes, al parecer vecinos del expendio de llantas y tablones, sito al filo de la carretera federal).

En conclusión, y como informe que me solicita su superioridad, sólo puedo transcribir las conjeturas que la mayoría del pueblo ha aceptado como verdad del caso:

—Es posible (aunque queda la duda) que el detenido efectivamente sea el novelista que afirma ser y que, por ende, tenga una propensión a la evidente locura que parece mantenerlo con fiebre y delirios hasta el momento de escribir estas líneas.

—Es probable que, de haber tenido en realidad un abuelo asesino, éste podría ser quien mató a Juvenal Urquiga hace cincuenta años en el llamado Llano del Ocotál, antiguo lindero de este pueblo, aunque se sabe que en ese duelo hubo dos muertos, pues también cayó herido en el corazón el forastero que lo mató. En este caso, el detenido fue visitado a lo largo de su infancia y adolescencia por un fantasma anónimo que, presa de sus propias culpas, se dedicó a repetirle *Tú no sabes lo que pesa un muerto* para referirse o insinuar, quizá, su propia condición: un muerto que visita a su nieto para intentar narrarle que, en vida, había sido un asesino.

—Sin embargo, en caso de confirmarse la conjetura antes mencionada, se sabe que el asesino de Juvenal

Urquiaga era un forastero, que estaba de paso por este pueblo, aunque conocido por algunos jornaleros como soltero, amén de solitario, originario de Santa Ana del Quiebro, por lo que de haber sido el asesino asesinado de Urquiaga, cayó muerto en el Llano del Ocotal sin haber dejado descendencia... y, por ende, sin posibilidad de tener un nieto que ahora declara haber crecido a su lado, escuchando repetidas veces *Tú no sabes lo que pesa un muerto*.

—Por la fiebre y los delirios constantes, por la palidez incandescente que presenta su piel, por el hundimiento de las cuencas de sus ojos, por las uñas que parecen de plástico, por la ligereza con la que se mueve su cuerpo al respirar envuelto en sudores y por la absoluta incongruencia de sus palabras, tanto el Dr. Ramón de Antequera Lépede (médico de planta en la clínica regional de la Asistencia Agraria), así como Doña Remedios Lapa García (curandera local) han afirmado que el detenido es en realidad un muerto, aparecido en este pueblo para sembrar un desconcierto, al final, inofensivo y que sus repetidas afirmaciones de que su abuelo dictaba: *Tú no sabes lo que pesa un muerto*, son en realidad alusiones a su propia persona, por lo que todo parece indicar que un muerto tuvo a bien convertirse en ánima en pena con la recurrente letanía de repetirle a un semejante una frase, sin considerar que ese supuesto nieto es también un alma errante que ahora repite la frase sin haber considerado que en este pueblo hay ciertas circunstancias que podrían hacer coincidir su delirio con la realidad

Jorge F. Hernández
(el duelo hace medio siglo, el recuerdo de los muertos,
las supersticiones de nuestra gente, etc.) y, desde luego,
avalándose en la innegable verdad de que aquí nadie
sabe cuánto pesa un muerto... porque jamás se nos ha
ocurrido pensarlos.

Jorge F. Hernández

Nació en 1962, en México, DF. Candidato al Doctorado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido profesor en la UNAM, ITAM, Universidad Anáhuac y el Centro Cultural Helénico. Ha publicado diversos ensayos y artículos sobre historia de México y el libro *La soledad del silencio. Microhistoria del Santuario de Atotonilco* (1991), por el que obtuvo en 1987 el Premio Nacional “Atanasio G. Saravia” de Historia Regional Banamex, con mención honorífica.

Como cuentista, publicó *En las nubes* (1997), y en 2000 obtuvo el Premio Nacional de Cuento “Efrén Hernández”, con el relato “Noche de ronda”, incluido en su segundo libro de cuentos: *Escenarios del sueño* (2005).

Como ensayista, ha publicado *Réquiem taurino* (1998), *Territorios del tiempo. Antología de entrevistas con Carlos Fuentes* (1999), *Las manchas del arte y el misterio de la insinuación* (2002), *Espejo de historias y otros reflejos* (2000) y su más reciente libro, *Signos de admiración* (2006), en donde reúne semblanzas, elogios y ensayos en torno a diversos escritores.

Ha colaborado en las revistas *Vuelta*, *Artes de México*, *FMR* y *Matador*, y en los periódicos *Novedades*, *Reforma* y *El País*, de España. Colaboró en la revista *Cambio*. En la actualidad, publica la columna semanal “Agua de azar” en *Milenio Diario*, desde 2000.

Es becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, y tutor de los becarios en Ensayo de la Fundación para las Letras Mexicanas. Es conductor —junto con Philippe Ollé-Laprune y Fabrizio Mejía-Madrid— del programa de radio Acentos, en Opus 94.5 FM.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

17. **La oveja negra**, de Armando Bartra.
18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.
30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.

31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
48. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.

- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad**, Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de junio de 2013.